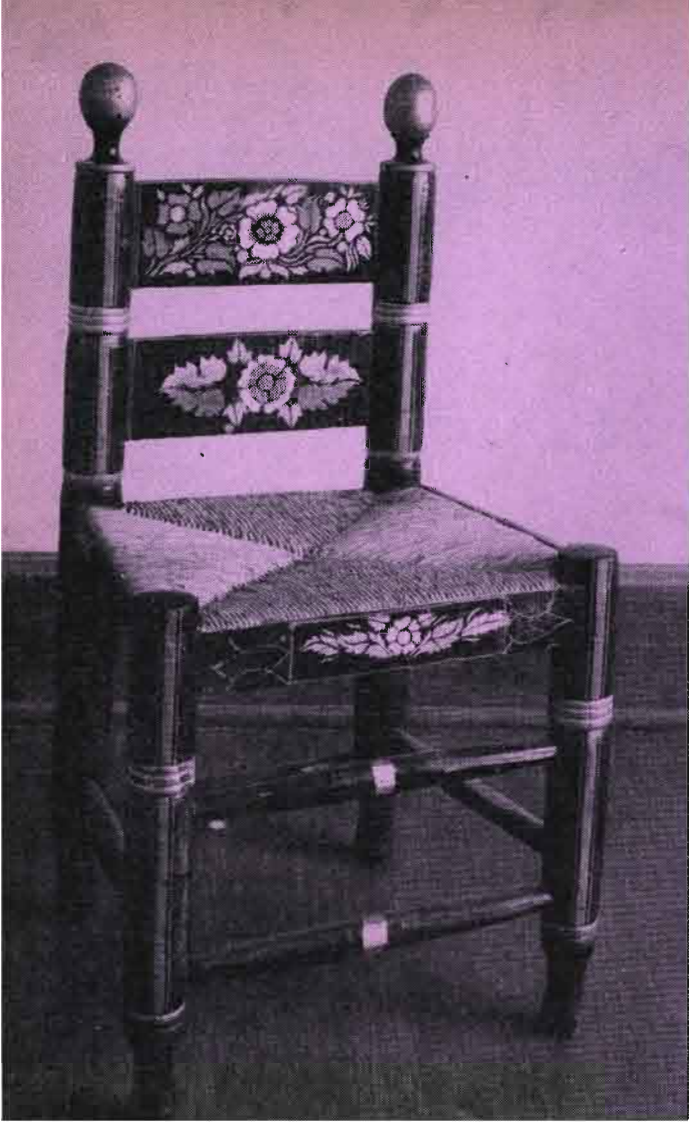


# MEXICO:

# PARAISO



PRODUCTOS QUE SON VERDADERAS OBRAS MAESTRAS.

CUANDO uno camina de norte a sur del país por esos pueblitos remotos de nuestras provincias donde el indio que pasa las horas en contemplar la configuración de las montañas imprime después el temblor de su sensibilidad al polvo hecho carne de la tierra, México se nos presenta, entonces, como una especie de Edén poblado de dioses humildes pero fecundos, que todo lo transforman en productos vivos de su imaginación.

Emulos de Jehová, que ni al séptimo día reposan, los artesanos de Metepec, con Timoteo González al frente, modelan a su imagen y semejanza a esos seres del Edén terrenal a quienes nadie censura hoy su viejo, inocente pecado.

Con ingredientes menos bíblicos que el barro, se crean en otros lugares de México los *seres vivientes*, los *peces de la mar*, las *aves de los cielos* y las *bestias de la tierra* que se mueven sobre el haz del planeta.

Los demiurgos de Tuxpan, en Jalisco, repiten en la tierra la corte celestial, llena de vírgenes y serafines, que ellos plasman con la goma masticable del chicozapote.

Mas apegados a la tierra, los indígenas del Lerma crean caballos, venados, toros, con los tallos secos del tule que crece a orillas de su casi desecada laguna.

Emulando sin saber a los dioses del Popol Vuh, a los Formadores, a los Procreadores y a los Engendradores, que hicieron al hombre con masa de maíz, los campesinos de Puebla repiten el milagro de la creación maya y tolteca dando forma —ahora con totomoscle— a ancianos y ancianas que parecen destinados a andar por el mundo cargando pesados fardos de leña.

Como si quisieran atenuar la amargura del sufrimiento y la crueldad del martirio con una dulzura que es a la vez simbólica y real, los tzotziles de Chiapas recrean el drama del Gólgota en cruces y cristos de retorcida charamusca.

Imbuídos de un espíritu filosófico que traslada a la muerte la fragilidad que es costumbre atribuir a la vida, los mixtecos y zapotecos de Oaxaca —uno de ellos descendiente de Benito Juárez— animan graciosas parejas de muertos, que son casi polvo y ceniza, vistiéndolos con vaporosos trajes de papel de china.

\* \* \*

Creadores de una fauna increíble que ni la tierra en la edad primaria de los dinosaurios se atrevió a concebir, los indios y los mestizos de San Nicolás y de Huatusco llevan de la mano por todo México a esos animales de formas inverosímiles

que en las noches de pesadilla suelen atormentar a nuestro semidormido yo.

Conviviendo serenamente, pacíficamente, con los ruidosos vehículos del progreso, los camiones y los tranvías de las grandes urbes, las mulitas del Corpus, hechas de palma, transportan por las calles de la capital su carga de cacahuatés y tejocotes que los niños codician.

En Juchitán, el de las flores blancas de la *guiexhuba*, donde las mujeres caminan por las calles polvosas como Victorias que ofrecen al viento los pliegues de sus helénicas túnicas y desafían al hombre con sus miradas de ardiente *cacalosúchil*, perdura el mundo mitológico de los centauros en esos *tanguyus* de barro policromado en que caballo y jinete son unidad indivisible.

Derrotadas por la astucia de un Ulises que no cedió a las tentaciones de su voz, las sirenas del Mediterráneo se metamorfosearon gracias al barro negro y *humado* de Coyotepec, en inocentes viudas tocadoras de guitarra.

A su vez, las pulgas de la metrópoli, celosas de su pudor, adornan los quebradizos cuerpos de cristal con elegantes vestidos y sombreros del último modelo creado por los hermanos Dávalos...

\* \* \*

Habitantes de un mundo mágico en el cual para asegurar la existencia y el bienestar tenían que comunicarse con los dioses por medio de imágenes que eran sus dobles, los hombres del México antiguo inundaron la tierra con tal cantidad de dioses, subdioses y animales totémicos que, a pesar de los siglos, se encuentran aún por todas partes.

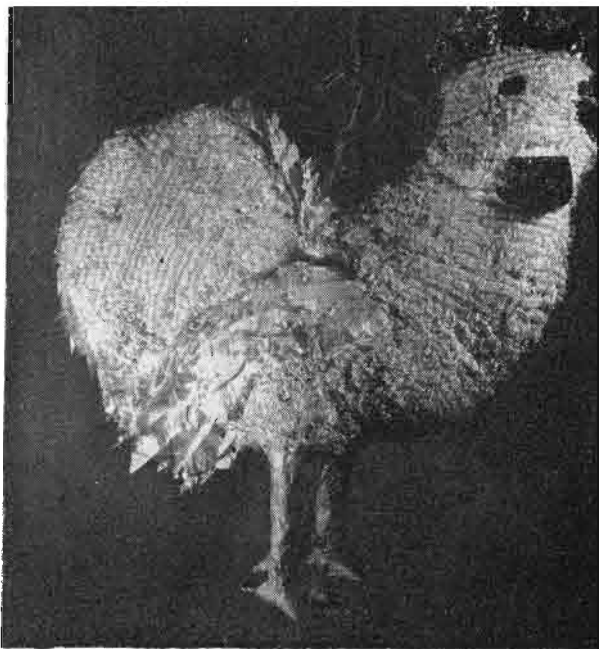
“De estos idolillos —dice Javier Hernández transcribiendo a Clavijero— debían tener en sus casas seis los reyes y caciques, cuatro los nobles y dos los plebeyos. ¡En los caminos públicos, se veían por todas partes... eran infinitos!”

Agréguese a esto que los muertos, en el postrer viaje, para llegar bien a su destino, deberían ser acompañados por perros de barro cocido que eran colocados en las tumbas, y se comprenderá por qué el hombre igualaba a los dioses en lo infinito de la creación.

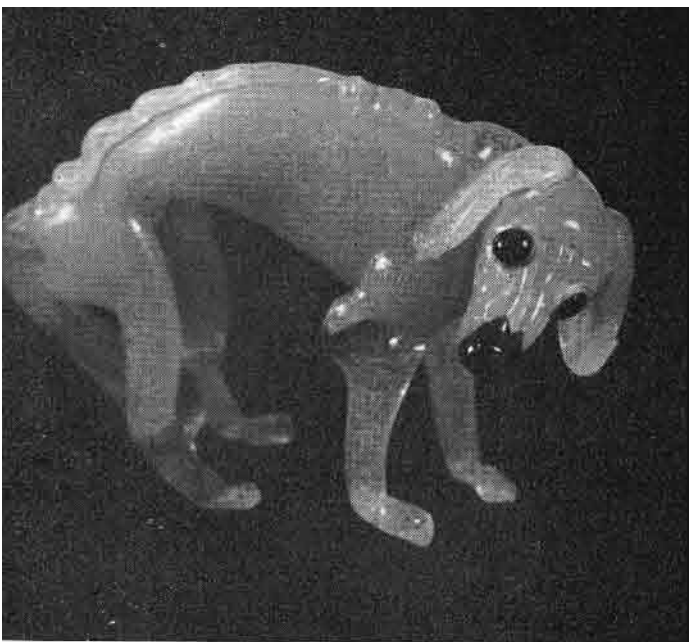
Ligado por hondas raíces a ese pasado que todavía no se desvanece del todo, el indio de México sigue creando a Dios y a su corte celeste a la imagen y semejanza del mundo en que vive.

Los *tanguyus*, que al finalizar diciembre se destruyen y al comenzar el nuevo año se reemplazan, más que simples juguetes son, al parecer de Andrés Henestrosa, un trasunto de viejas prácticas que consistían en renovar todos los años a los dioses domésticos, que con el tiempo envejecían...

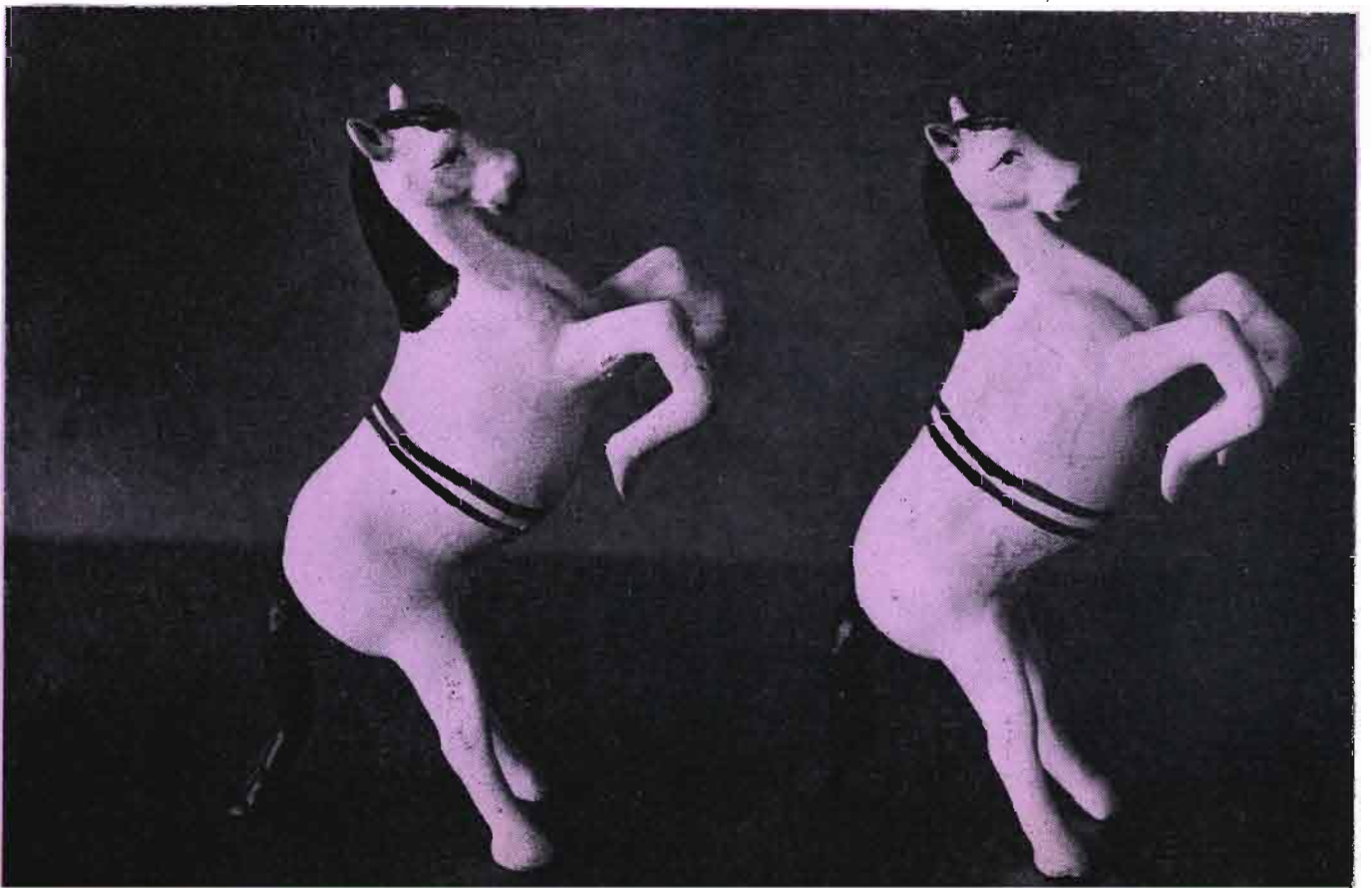
JUGUETES CAPRICHOSOS SIN MÁS UTILIDAD QUE LA DE SU FANTASÍA, EL SUPREMO ALIENTO DE LOS MEXICANOS.



UNA FANTASÍA QUE NO TIENE IGUAL EN EL MUNDO.



UNA FIGURA DE CRISTAL DE LOS HERMANOS DÁVALOS.





# DEL ARTE POPULAR

Juan ALMAGRE

En la Sierra del Nayar, por cada niño que nace se manufactura una *flecha*, llamada por algunos ojo de Dios, que en la casa cumple la función de proteger al recién nacido. Las mismas flechas, colocadas en los puntos cardinales de los pueblos, defienden a los habitantes de los malos espíritus.

Las figuras de papel de *xalamatl*, cuya confección constituye la industria fundamental de San Pablito, en la Sierra de Puebla, están directamente ligadas al futuro de las cosechas y a la salud del hombre.

Recordaré siempre a aquella familia de indios tojolabales que en los confines de la selva lacandona había colgado frente a frente, en una capilla familiar tapizada con olorosa juncia, a una Virgen recortada de un anuncio y a unos muñecos de barro casi *diabólicos*, modelados por la dueña de la casa para hacer compañía a los santos.

\* \* \*

Descendiente de un mundo donde la forma de expresión era esencialmente plástica, el indio, que ha heredado la sensibilidad y la maestría de sus mayores, sigue dando rienda suelta a su imaginación en productos artesanales que son verdaderas obras maestras.

Aquí, talla máscaras de madera de la más variada expresión; adelante, inventa muñecos de pluma que se mueven en una danza febril por medio de cordeles; en otro lugar, expresa su cólera y su ironía en *judas* monumentales de carrizo que habrán de servir para quemar, en efígie, a los sátrapas y a los traidores.

Juguetes de toda especie, hechos con todos los materiales, cerámica para todos los usos; objetos para las más disímolas finalidades que van desde la calavera de azúcar para honrar a los muertos hasta los exvotos para agradecer el milagro de la vida, constituyen el conjunto monumental, variado, rico, de una fantasía insospechada, que casi no tiene paralelo en el mundo.

Sin que nada limite su fuerza creadora, el *artesano* de México, al que quisiera llamar simple y llanamente *artista*, utiliza todos los materiales, aun los más deleznales y los menos *nobles* para transmitirles el soplo de su sensibilidad: la concha, en Veracruz; el vidrio, en Guadalajara y en México; la madera, en Paracho; el otate, en Ixmiquilpan; el cobre, en Santa Clara; el oro, en Tehuantepec; los caracoles, en la Isla Tiburón; la paja de trigo, en Guajuato; el carey, en Campeche; el hierro, en Amozoc, y el barro en todas partes, que proporcionan a los demiurgos de México la materia prima indispensable para su creación.

Y ni un libro entero bastaría tan sólo para men-

cionar los productos y los artículos de un arte popular riquísimo que se expresa con suma elocuencia: en la cerámica bruñida, de un verde casi submarino, de Patamban; en las cajas policromadas hechas con madera olorosa, de Olinalá; en los butaques de Ocosocoalco; en las jícaras teñidas y grabadas con deliciosos dibujos de Villahermosa; en los sombreros elegantísimos de Zinacantán; en las fajas y bolsas corras y huicholes; en las ollas y cántaros de Amatenango; en el papel picado de Xochicoatlán; en los ángeles sopladores de Janitzio; en los equipajes de madera blanca y flexible de Apatzingán; en los quechquémeles de la Sierra de Puebla; en las colchas tejidas de Comitán; en las camisas en forma de huipiles de Tenejapa; en los pegasos pintados a manera de cebras, con fajas de colores detonantes pero bellísimos, de Metepec, etc., etc.

\* \* \*

El arte popular de China —país que es cinco veces mayor que México y que tiene una población veinte veces superior en número— es sin duda más perfecto en su acabado y más fino que el nuestro.

Dotados de una habilidad y de una paciencia que no tiene paralelo, los artesanos chinos son capaces de tallar cientos de figuras humanas y de animales en el colmillo de un elefante, o de copiar con una perfección magistral la escena de una pintura clásica en el interior de un frasco de penicilina. Los paraguas de bambú hechos en Hanchow son verdaderas obras de *arquitectura* o de *mecánica*. Y las esferas de marfil de una sola pieza, que se mueven las unas dentro de las otras, parecen el resultado de una suerte de prestidigitación.

Pero ni los mismos chinos, y lo digo después de fijarme en las manifestaciones artísticas de su pueblo, desde las yuntas de los pastores mongoles hasta las minorías nacionales del antiguo reino de Yunnan en las fronteras de Birmania y de la India, poseen un arte popular tan rico, fantástico y apasionante como el de nuestros indios.

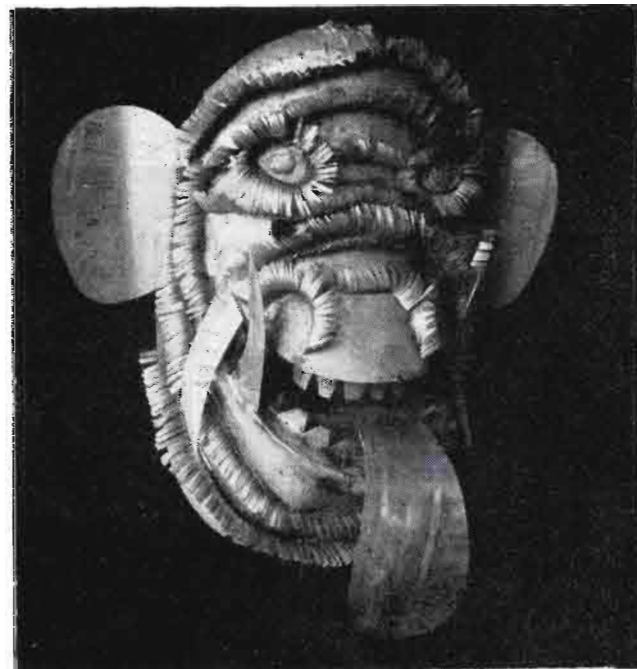
Herederos de los artistas que esculpieron las exquisitas lápidas de Palenque e imprimieron a la piedra el respeto y el temor a dioses que se nutrían con sangre, los juderos de Magdalena Mixhuca y los demiurgos surrealistas de Metepec son los creadores alucinados de ese hálito de misterio, de magia y de ensueño que envuelve a México.

Sacerdotes de un nuevo rito, a ellos debemos en gran parte la belleza que en forma de un juguete, de un objeto de uso diario o de un capricho sin más *utilidad* que el de su fantasía constituye, la mayoría de las veces, el supremo aliento de los mexicanos.

Paraíso del arte popular, el México pictórico de Tamayo, de Rivera, de Frida Kahlo, es también uno de sus mejores productos.



MÁSCARAS DE las más variadas expresiones. . .



. . . CONCEBIDAS las formas más inverosímiles.



ARTE QUE se manifiesta con cualquier material.